

rias espantosas, asegurando que nada podría salvarnos del furor germánico... El hotel estaba lleno de gente que me pedía de comer... El 4, un general, con su Estado Mayor, vino a pedir un millón de francos y una inmensa cantidad de víveres. Había que darle todos los días pan, legumbres y carne para más de cien mil hombres. El alcalde discutía con el general cuando, de pronto, una bomba cayó en la puerta del Ayuntamiento. Un minuto después, otra bomba, y otra, y otra... Lívidos, los militares amenazaron con incendiar la ciudad, y sacaron los revólveres, dispuestos a matar a los funcionarios que se hallaban presentes. El alcalde, que sabía muy bien que no eran los franceses los que atacaban, hizo que un gendarme fuese a recoger los fragmentos de los obuses, y cuando el general los examinó, convenciéndose de que eran sus propias baterías las que tiraban desde el Meneux. Un automóvil llevó en el acto la orden de cesar el fuego, y algunas horas después los regimientos sajones comenzaron a penetrar en orden en la ciudad, encabezados por un hijo del Emperador, el príncipe Augusto Guillermo. Este príncipe fué el que nos salvó del saqueo y de las crueldades. Pretextando que dos parlamentarios habían desaparecido, el general von Zuckau quería fusilar al alcalde e imponernos una multa de cincuenta millones. «Puede usted asesinarme, si quiere», le contestó el alcalde. Furioso, el general echó mano a su revólver; pero el príncipe, con una mirada, lo contuvo, y luego dió orden de respetar a la población. Hay que decir también que la población se condujo admirablemente, con una dignidad y un tino que los mismos alemanes elogiaban. Las mujeres jóvenes se encerraron en sus casas para no provocar las peligrosas galanterías de los militares. Los comerciantes abrieron, como siempre, sus tiendas, haciendo ver que no temían nada. El alcalde, a pesar de su edad, desplegó una actividad inverosímil, evitando incidentes. Pero fueron es-

pecialmente las maestras de escuela, convertidas en enfermeras, las que dieron el ejemplo de la caridad más desinteresada. Mademoiselle Fouriaux, directora de la Ambulancia mayor, recibía y cuidaba con el mismo cariño a los heridos alemanes que a los heridos franceses. Yo vi llorar de emoción, un día que fuí a llevar unas mantas, a unos ulanos barbudos que, al ser capturados, habían creído que los iban a fusilar y que se encontraban tratados con una dulzura maternal. Cuando los prusianos entraron en la ciudad, los heridos franceses fueron enviados a Epernay para que no se les tomara prisioneros, y sólo quedaron los alemanes. Mademoiselle Fouriaux y sus compañeras siguieron atendiéndolos hasta el día 12, en que terminó la ocupación. Un médico sajón que estuvo encargado de transportar a estos heridos, aseguró que las enfermeras merecían ser recompensadas. «Nuestra conciencia nos basta, y no necesitamos alabanzas», le contestaron ellas. ¿Y creerán ustedes?... Uno de los primeros edificios que el bombardeo destruyó después fué aquella Ambulancia. Las banderas de la Cruz Roja no sirven para nada...

— Durante la ocupación — pregunta uno de nosotros —, ¿cómo se condujeron los soldados enemigos?

— Bien...; los soldados, bien... Por grupos se paseaban, cantando, y si carecían de dinero pedían en las tabernas una copa... Los oficiales no pedían, sino que tomaban lo que había en los hoteles y en las casas. ¡Y qué orgullo, qué insolencia! Tenían un aspecto tan arrogante, tan insultante, que no era posible soportarlos...

La hotelera se vuelve hacia el camarero viejo, que levanta los brazos en un ademán de dolor.

— Cuando tuvieron que marcharse, después de la batalla del Marne — prosigue la buena señora —, se les quitó el orgullo... Ni tiempo tuvieron para llevarse todo lo que habían comprado... ¿Te acuerdas, Pedro?

El viejo camarero sonríe con ironía.
 —Lo triste — termina la hotelera — es que desde entonces no han dejado de bombardearnos... Lo que no pudieron conservar, quieren destruirlo... Y lo conseguirán, ¡ya lo creo que lo conseguirán!... Ayer, cuando se derrumbó el hotel que está al lado, las piedras llegaron hasta nuestro patio... Hoy yo creí que éramos nosotros los que íbamos a recibir nuestra bomba... Pero yo no me marchó...; eso, no...

El camarero viejo murmura de nuevo:
 —Locura..., es una locura...
 Y lo es, sin duda. Es una admirable locura la de toda esta gente que sigue viviendo bajo la tempestad de hierro. Los mismos alemanes, según sus declaraciones, no se explican tal obstinación, tal amor del terruño, tal resistencia a la perpetua amenaza, y como Goethe hace cien años viendo a los pastores de la Argona vivir tranquilos en la tormenta de Valmy, se preguntan qué secreto posee la tierra de Francia para arraigar así las almas en cada aldea, en cada campo, en cada ciudad.

—Yo — dice la hotelera —, es por mi marido.
 Todos tienen un pretexto sagrado, cuando quieren, por patriotismo excelso, excusar su conducta heroica. Los niños, es por niños; los ancianos, por ancianos. En las calles, ahora que salimos para ir en busca de nuestros automóviles, una verdadera multitud nos sorprende: una multitud curiosa de vernos, curiosa de examinar lo que han hecho las bombas, curiosa, en una palabra, de vivir una perpetua vida de peligros, de emociones, de sobresaltos. Ante cada ruina nueva la gente se amonтона, comentando los detalles del drama. Un estanco está ardiendo, y el humo del tabaco quemado sube en espirales espesas e inspira exclamaciones divertidas a los viejos que, en su miseria, no encienden sus pipas hace meses. En una plaza, los chiquillos se disputan los

fragmentos de hierro de un obús. Las mujeres buscan entre los escombros pedazos de telas vistosas. Y cuando no queda ya nada que ver dentro de la ciudad, todos vuelven los ojos hacia el Norte y contemplan el fuego cruzado, ahí, a poca distancia, de las baterías francesas y de las baterías alemanas.

Porque en las puertas mismas de Reims la batalla continúa desde mediados de septiembre.

Al marcharnos, el capitán que nos guía hace detener nuestros automóviles en las alturas del Oeste para ofrecernos el espectáculo del combate lejano. La tarde comienza a caer. Una niebla ligera, que no oculta, como la de esta mañana, los edificios, pero que vela los contornos y les da forma misteriosa, envuelve el vasto panorama. Es allá, entre aquellas colinas... El terrible Brimon, donde los cañones que no pudieron destruir París llevan a cabo su obra asoladora y desoladora, está enfrente, entre las arboledas... Más cerca se halla Courcy, en cuyo recinto los franceses y alemanes se disputan palmo a palmo el terreno... Más cerca aún, Betheny, de nombre casi bíblico. Betheny la ensangrentada, la violada, la sacrificada... Tratar de descubrir los movimientos de las tropas sería una locura. En esta guerra de trincheras no se ve nada, ni aun a cien pasos de distancia, en el suelo agujereado. Lo único que se percibe claramente son las llamas de los obuses que estallan y las columnas de humo que suben, lentas y rectas, en el espacio frío. El estrépito de los disparos llega hasta nosotros ensordecido. Las granadas se abren en el campo una tras otra, siempre iguales, siempre en los mismos sitios, con una precisión matemática. De vez en cuando, un trueno mayor, más lúgubre, más cercano, nos obliga a dirigir la vista hacia la ciudad, que sigue recibiendo a media en media hora, como para que no pueda distraerse, su fuego cotidiano. La catedral está allí, a lo lejos, más bella, más grande que de cerca, y sus torres se

tiñen, en las claridades agonizantes del crepúsculo precoz, de suaves matices de rosa.

—Despidámonos de ella, pues ya se hace tarde — dice alguien.

Y la frase insignificante adquiere en la atmósfera triste de la tarde un valor emotivo que nos acongoja como si algo de nuestra vida se quedase entre aquellos muros sagrados. ¡Despedirnos!... Pero, ¿será un «adiós» esta despedida?... ¿Será un «hasta luego»?... Un día u otro, todos los que hoy nos vamos, volveremos a ver de nuevo lo que quede... ¿La encontraremos aún de pie, orgullosa y sombría en su martirio, a la agusta basílica?... Y a las buenas gentes que nos acompañaron, que nos acompañaron por las calles, ¿las encontraremos?...

La hotelera, al vernos marchar hacia regiones menos peligrosas, no se atrevió a contestar con un *au revoir*, nuestro *au revoir*. Aún veo su rostro pálido, serio, sereno y resignado. Aún oigo al viejo camarero murmurar: «Es una locura...»

¡Dios mío, Dios mío! ¡Y pensar que los hombres de esta ciudad emplearon tres siglos en levantar, para glorificar tu misericordia, el más maravilloso de los santuarios!... ¡Dios mío, qué triste es el mundo que creaste!...

VISIONES QUE RÍEN Y VISIONES QUE LLORAN

10 de diciembre.



ERÁ porque, hace un instante, al pasar por la plaza del Hôtel-de-Ville, vimos en una tienda, que se llama *Aux produits d'Espagne*, una vidriera llena de naranjas, de melones y de botellas de moscatel?... ¿O será, más bien, por estas innumerables iglesias del siglo xvii, todas olorosas a incienso, todas sonoras de preces, todas consteladas de cirios?... No lo sé. Pero lo cierto es que en nuestro rápido paso por Châlons, una nostalgia profunda me persigue, obligándome a dar importancia a detalles que de seguro no la tienen. Los grandes palacios grises del barrio de San Juan, demasiado grandes y demasiado numerosos para una ciudad de veinticinco mil habitantes, antójanseme un alarde más digno de la vieja Castilla idealista que de la activa Champaña. Y luego, esos antiquísimos conventos, esas nobles Casas Consistoriales, esa inmensa catedral de San Esteban, digna de rivalizar con las más bellas del mundo; esa fachada de Vinetz, que hace pensar en Valladolid; esas inmensas tapias misteriosas que recuerdan a Toledo; todo, en fin, y sobre todo, el ambiente tranquilo, grave, silencioso, me obliga a olvidarme de la guerra y de Francia, para sentirme en plena España.

Mis compañeros se ríen de mí, y con objeto de librarme de la obsesión, me señalan la vasta llanura en la cual vamos a buscar visiones trágicas de hoy y de ayer. Mas esos campos también me sugieren ardientes nostalgias. ¿No se llaman acaso los campos Cataláunicos?... Áridas y desiertas, las llanuras de un color castellano se extienden hacia el Norte, sin una ondulación, abiertas desde los tiempos más remotos a las invasiones germánicas.

«Aquí—dice Goethe, después de la derrota de Valmy—, los mismos acontecimientos se reproducen a través de los siglos.»

Aquí, en efecto, los bárbaros de Guillermo II, como los del rey de los hunos, se hallan detenidos de una manera definitiva en su marcha triunfal. A mil metros de distancia de la calzada romana por la cual pasaron las legiones de Aecio, en el siglo v, las tropas de von Klück o de von Bülow contemplan, impotentes, el panorama milenario en el cual duermen su sueño eterno más guerreros teutones que latinos. ¡Cuánta rabia y cuánta melancolía debe haber en las pupilas de esos hombres! Aspera, hostil y tentadora, la planicie no parece ni siquiera defendida. En la extensión que la vista alcanza no se ve ni una fortaleza, ni un campamento, ni una batería. Apenas los enemigos intentan dar un paso, no obstante, una lluvia de fuego que sale nadie sabe de dónde, los obliga a esconderse precipitadamente en sus trincheras. Y mientras los dos ejércitos se inmovilizan así, la vida continúa en las regiones que están al sur de los Campos Cataláunicos.

El camino por el cual corren nuestros automóviles es uno de los más frecuentados de la Champaña. De trecho en trecho, encontramos una venta llena de arrieros. Los carros de las subsistencias militares pasan rápidos, llevando hacia los campamentos de la Argona el alimento de los cañoneros y de los cañones. En las viñas

las mujeres trabajan sin prisa, atando los sarmientos secos contra las estacas que han de sostener, dentro de muchos meses, los futuros racimos. A no ser porque las casas incendiadas no escasean, nada nos haría recordar que nos hallamos en la zona trágica.

— Nuestra Señora de la Espina — exclama nuestro guía, señalándonos dos torres góticas.

En esta tierra de catedrales, la aparición de un templo no es rara. Cada ciudad de mediana importancia tiene su basílica prestigiosa. Durante siglos y siglos, los maestros albañiles, secundados por millares de obreros, elevaron a la gloria de Jesús Crucificado divinos poemas de piedra. Pero aquí lo extraño es que la ciudad no existe. Diseminadas al pie de la iglesia, unas veinte chozas se esconden entre los árboles. Y así aislada, en pleno campo, sin nada que hable de pompas episcopales, la fábrica se destaca, en el vasto espacio desnudo, como un capricho absurdo.

— Sin duda, en otro tiempo hubo una población importante donde no vemos sino una aldea miserable— dice alguien.

No. La Historia no guarda memoria de haber visto más chozas que las que aún existen. En cuanto a la leyenda, lo único que recuerda es que entre unas zarzas que crecían cerca, un día de primavera apareció la Virgen para bendecir a una pastora. La piedad campesina quiso celebrar aquel milagro con suntuosidad, y elevó, por un milagro mayor, esta maravilla de piedra, que, en una gran capital, tendría tanta fama como Notre Dame de París. Alta y aérea, cincelada cual una joya, con sus dos torres desiguales y su triple pórtico cubierto de esculturas ingenuas, la basílica de la Espina es digna de sus hermanas de Châlons, de Laon, de Soissons. En otro tiempo, sus vidrieras, lo mismo que las de Reims, bañaban sus naves en luces de mil colores. Más, ¡ay!, lo mismo que en Reims, aquellas reli-

quias del arte cristiano han servido, no ahora, sino hace tiempo, de blanco a los alemanes.

No se puede dar un paso sin encontrar las huellas de la invasión. Las granjas destruidas por las bombas abundan de tal modo, que ni siquiera volvemos ya la vista para contemplarlas. ¿Quién las manda ponerse en el radio de los cañones!... La guerra es la guerra...

— Aquí, sin embargo — nos explica el capitán Valotte, al llegar a Auve —, no hubo guerra... No... No se disparó un solo tiro en este pueblo...

De Auve no queda nada: ni una casa, ni una *ferme*, ni una calle. Las ruinas negras forman un vasto campo de escombros. Las huellas de las llamas dibujan siniestras espirales en las tapias que no se han derrumbado. De los muebles, sólo las cenizas se ven. Para admirar la obra maestra de los incendiarios, dejamos nuestros automóviles en la ruta y nos internamos en la ciudad. Allá, a lo lejos, una torre medio derruida nos atrae. Hacia ella vamos, entre fragmentos informes, tratando en vano de descubrir algo que nos indique lo que aquí hubo hace algunos meses. ¿Qué era Auve antes de que las hordas germánicas lo visitaran? Por su extensión, parece más que una aldea. Detrás de las piedras, descubrense aún espacios que fueron, sin duda, jardines. Algunas altas verjas de hierro yacen retorcidas al pie de las tapias. Nadie puede, empero, decirnos a punto fijo si sus habitantes eran aldeanos ricos o señores de Sainte-Menehoulde que venían a pasar el verano bajo sus enramadas. No se ve un alma. En una esquina encontramos una caja de caudales abierta. La iglesia, una iglesia de pueblo, está desventrada, y en su altar sólo queda de pie, en un zócalo celeste, una Juana de Arco de mármol. La doncella de Orleans, a quien los obispos quemaron viva, parece, muerta, resistir a las llamas. En Reims, su estatua sigue intacta entre las vigas humeantes de la catedral. En Sermaize, su imagen se destaca

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

sobre un muro carbonizado. Los obispos aprovecharán el milagro más tarde y llevarán el mármol de Auve a algún futuro Lourdes. Entretanto, aquí está, sola, dominando las ruinas... Digo, no; no está sola. Entre los vestigios de una vivienda, un fantasma acaba de aparecer lívido, tembloroso. Es una mujer joven y trágicamente bella. Al vernos, vuelve hacia nosotros sus grandes ojos oscuros y nos examina con inquietud, como temerosa de que vengamos a turbar la paz siniestra de la necrópolis. Sus manos acarician nerviosamente un objeto informe que acaba de recoger. Nuestro capitán se adelanta hacia ella y le hace algunas preguntas.

— Es todo lo que me queda — nos dice.

Y luego nos habla de su marido, un médico, que murió entre las llamas; de su vida, que era la más feliz de las vidas; de su casa, que parecía un nido de amor.

— Mi piano — murmura, señalándonos una mancha negra —. Mi cama — agrega, mirando a la derecha...

Con el pie mueve las cenizas. Se inclina para recoger algo. Da algunos pasos hacia el fondo y nos vuelve la espalda. El capitán torna a dirigirla la palabra, sin obtener respuesta ninguna. Como si no notase nuestra presencia, sigue buscando con sus manos ennegrecidas algo que de seguro no está ahí, algo que es su ventura pasada, algo que ya no existe y que, en su locura, querría ver surgir de entre los carbones.

A la salida del lugar nos encontramos con el guardián de la iglesia, que nos refiere la eterna historia de todos los pueblos mártires de la comarca. Los alemanes llegaron un día, a principios de septiembre, y ocuparon las casas y pillaron las bodegas. No fusilaron a nadie, no. Muy seguros de sí mismos, hablaron de París y del triunfo. Al cabo de poco tiempo, un jinete trajo la noticia de la derrota del Marne. Entonces, rabiosos, se prepararon a partir precipitadamente; pero antes incendiaron.

—¿Y la mujer que acabamos de ver?—le pregunto.

—¡Ah, la infeliz! — exclama —. Ahí se pasa el día, escarbando las ruinas de su hogar y hablando sola... El alcalde de la Chapelle ha venido ya para llevársela, sin conseguirla... Ahí duerme, en una cabaña de tablas que se ha hecho edificar, y, a veces, por la noche, se pasea entre las ruinas, llamando a su marido...

El guardián termina:

—Era la más rica de aquí... Hasta un automóvil tenía...

Media hora después, al llegar a Sainte-Menehould, aun conservamos la visión macabra de la aldea incendiada y de la mujer demente. La alegría de las calles, la animación de la gente, la curiosidad alegre de los niños, nos chocan cual un sacrilegio. ¿Cómo pueden sonreír así cuando existe a unos cuantos kilómetros un cuadro tan desgarrador? Los habitantes de la ciudad ni siquiera parecen notar lo trágico del vecindario. Orgullosos de su renombre rabelaisiano, nótase que tienen una coquetería tradicional en vivir, como los mosqueteros de antaño, bebiendo, comiendo y cantando al ritmo del cañón. ¿Cuántas veces, a través de los siglos, este pueblo ha sido ocupado y rescatado heroicamente! Todas las guerras y todas las revoluciones dejaron señales dentro de sus muros. Los españoles estuvieron aquí antes que los prusianos. Pero nada, nunca, ha podido quitarle a la ciudad el apetito y la alegría. Hoy mismo, en el hotel que nos detenemos para comer, el fondista nos cuenta, lleno de regocijo, las «buenas bromas» que dió a los alemanes en septiembre. Porque los alemanes, naturalmente, demostraron un apetito y una sed insaciables.

—A mis más añejas botellas—nos dice—las puse etiquetas de vinagre, y así no se las bebieron.

Pero lo mejor y lo más sutil es la farsa de los cromos.

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

—Ved las estampas — exclama, enseñándonos una serie de litografías del siglo XVIII encantadoras de malicia galante, de gracia irónica y de elegancia francesa—. Cuando llegaron los *boch*, sentí miedo de que se las llevaran, pues se lo llevan todo, y como no tenía tiempo para esconderlas, imaginé una superchería. Me fui corriendo al bazar y compré veinte cromos representando escenas groseras de frailes y maritornes en el fondo de bodegones flamencos. Cuando los *boch* las vieron colgadas, se apresuraron a meterlas en sus equipajes, desdeñando estas litografías pálidas.

En el vasto comedor en que nos sirven, las fuentes olorosas a salsas pasan y repasan de mesa en mesa. Una enorme chimenea hace, en el fondo, una mancha roja con sus llamas juguetonas. A cada instante una sirvienta entra, trayendo copas y botellas. En un reloj alto y oscuro cual un ataúd, una paloma canta los cuartos de hora. En las charlas de los militares, el amor y la muerte se mezclan, como en los viejos poemas asiáticos. Y yo recuerdo las palabras de Alejandro Dumas cuando, después de pasar aquí una semana, sintetizó el alma de la ciudad diciendo:

«Es una república de hombres, de mujeres y de animales, de mozos de *restaurant*, de criadas alegres, de cocineros vestidos de blanco, de sartenes, de barricadas, de ruidos de asador, de marmitas, de cacerolas, de naipes, de niños que juegan, de pavos que agonizan, de perros gordos que duermen.»

Luego, para excusarnos de comer con tanto apetito en tiempos calamitosos, repito la frase célebre de Camille Desmoulins, al acusar a Luis XVI de haberse detenido en Sainte-Menehould, durante su fuga, para comerse una enorme fuente de manos de cerdo:

—Sancho Panza, coronado.

Todos nos sentimos algo Sanchos en esta atmósfera de gula y de risas. Una pálida enlutada, que ha venido

a la Champaña para buscar los restos de su marido entre las cruces del campo de batalla, come cual nosotros. Es una griega de perfil de medalla. Junto a ella, un subprefecto, vestido de uniforme, habla de Varennes, a 20 kilómetros, en donde los alemanes están aún atrincherados, y de vez en cuando exclama, volviendo la vista hacia la ventana:

—El cañón... Oiga usted el cañón...

Todo el día, en efecto, el ruido de los obuses que estallan a lo lejos llega hasta aquí. Pero eso no le quita a nadie ni la sed ni el apetito. ¡Es tan bueno el vinillo de Champaña sin champañizar, cuando apenas deja en el borde de la copa un ligero encaje blanco! ¡Y las históricas manos de cerdo, que se comen con hueso y todo, son tan ricas!... A nosotros, en nuestra calidad de convidados del Gobierno, el hostelero nos ofrece lo mejor de lo más rico, y la gente nos rodea de atenciones. Un capitán de la territorial, verdadero tipo de Portos, con su bigote enorme y sus hombros de atleta, nos cuenta historietas de las trincheras.

—Naturalmente, se está mejor aquí que allá—dice—; pero allí tampoco se está mal del todo... En las últimas semanas hemos tratado de divertirnos un poco, ya que casi sólo la artillería trabaja. En mi compañía lo único que se prohíbe es la tristeza. ¡Qué demonio, hay que tomar la vida por el mejor lado, y dejar la seriedad huraña para esos oficiales de monóculo, que parece que están siempre en misa mayor! La semana pasada, cuando supimos que en una trinchera frente a la nuestra se encontraba un príncipe bávaro que se había batido poco antes como un león, así, como un verdadero león, y que, lejos de injuriar a sus soldados, los trata paternalmente, decidimos darle una serenata en toda regla. Un muchacho tenía un clarinete, otro encontró un violín en Verdun, otro fabricó una flauta. Con eso y un tambor, ¿qué más podíamos desear, no es cierto?

Bueno; pues yo mismo escribí el programa, de acuerdo con los conocimientos filarmónicos de mis ejecutantes, y después de adornarlo lo mejor que pudimos, lo tiramos, envuelto en una piedra, a los alemanes. A las cuatro en punto, después de un redoble, tatachín, tararán, la música comenzó. Los boch, del otro lado, aplaudían sin atreverse a sacar la cabeza. «No tengáis miedo», les gritamos. Nada, ni por el Diablo asomaban los hocicos... Al fin, yo me senté en el parapeto, sin armas, con la batuta en la mano, para dirigir *La Marsellesa*, que cantaron todos los muchachos. Entonces pasó una cosa muy hermosa. A treinta metros, un oficial enemigo, dando un salto, se puso de pie, y con la mano en la gorra, saludando marcialmente, oyó nuestro canto. Yo le veía ahí cerca, pálido, tranquilo, sin el menor temor. Si hubiéramos querido, lo habríamos matado, claro está; pero, lejos de eso, los muchachos, al acabar la música, le gritaron: «¡Bravo el boch!...» Yo le saludé, poniéndome de pie también...

El capitán Portos termina, después de apurar una copa.

—De seguro era el Príncipe... Si un día le hacemos prisionero, le daremos otra serenata, porque es un tipo chic...

Los periodistas escandinavos, suizos y holandeses, poco acostumbrados a esta alegría dentro de la tragedia, toman notas febrilmente y preguntan nombres. El buen francés sonríe, sin querer nombrarse.

—Yo soy un buen padre de familia en la vida ordinaria—exclama al fin—, y en cuanto acabe la guerra me quitaré estos trapos.

Luego, como sintiendo de antemano la nostalgia futura de las horas actuales, dice:

—Habría sido el mejor tiempo de mi existencia, después de todo...

En el camino, saboreando los cigarrillos que nos dió el

hostelero, el paisaje comienza a parecernos menos monótono. Sainte-Menehould ha sido como un baño de antigua Francia romántica, mosquetera y heroica. En nuestros labios un resto de sonrisas revolotea aún, y Portos parece que sigue haciéndonos señas, desde lejos, para que no olvidemos su lección de buen humor. Las profundas masas verdes de los pinares del Argona nos cierran el horizonte. Los trágicos desfiladeros en los cuales Goethe vió llorar a los soldados de Brunswick, extienden sus surcos sinuosos entre las espesuras de la floresta. El día, un día de invierno del Norte, gris y helado, declina. A intervalos regulares distinguimos, entre los árboles, las flores ígneas de las granadas que se abren en la oscuridad.

Estamos en uno de los campos de batalla más terribles.

—Ya volveremos—nos dice nuestro capitán—; hoy es tarde y debemos llegar a Verdun.

Los automóviles ruedan en la penumbra, entre el murmullo profundo de las ramas sacudidas por el viento. Los rayos oblicuos del sol tiñen de rojo las copas de los árboles. Atrás se queda la Grange-aux-Bois, de sangrienta memoria, toda erizada de lanzas. De paso, vemos las Islettes, en donde se concentra el gran esfuerzo de las baterías francesas. Luego, la penumbra y el murmullo de las ramas nos envuelven de nuevo largamente. Un olor misterioso de hojas que se pudren en los pantanos, de resina que gotea y tal vez también de carne muerta, flota en la atmósfera fría. Acariciando recuerdos contradictorios de horrores y de entusiasmos, callamos, arrebuados en nuestros abrigos de piel de cabra.

De pronto, en un oasis de claridad, una visión inesperada nos obliga a detenernos.

Es Clermont-en-Argona, uno de los cien lugares incendiados, un simple campo de escombros, como tantos

otros que hemos visto. Pero la luz del crepúsculo y la situación de las ruinas, en una altura que domina la ruta, dan al cuadro una belleza casi teatral de fortaleza entre llamas. El sol, en efecto, parece complacerse en encender luces de bengala entre los muros derruidos, y a través de las brechas abiertas por las bombas, las chimeneas, que aún se conservan enhiestas, toman aspectos de almenas. Un silencio de muerte pesa en el espacio.

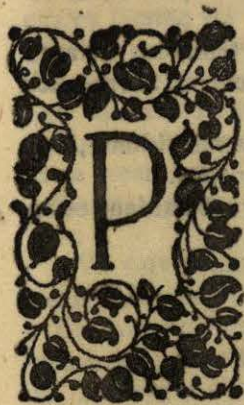
—*En avant!*—grita nuestro guía, temeroso siempre de llegar tarde a Verdun, donde el general Sarrail nos espera.

En *avant*, pues, en *avant*, con nuestras visiones, con nuestras angustias, con nuestra melancolía.

Sainte-Menehould y su buen humor rabelaisiano están ya muy lejos, muy lejos...

EL CEMENTERIO DE LA LORENA

15 de diciembre.



OR haber oído decir a Maurice Barrés que «la Lorena es el más bello cementerio del mundo», imaginábase las regiones del Mosa y del Mosela como una Castilla del Norte: seca, ruïnosa y excelsa. Así, al encontrarme entre estas magníficas enramadas, al contemplar estas armoniosas colinas, al oír el murmullo de estos innumerables arroyos que juguetean entre los helechos, experimento una encantadora sorpresa. «¿Es aquí el cementerio?», me pregunto. Y por todas partes se alzan las voces de la Naturaleza para hablarme de vida, de energía, de esperanza, de salud. A pocas leguas de distancia, en la Champaña blanca, las llanuras cataláunicas tienen un aspecto tan desnudo, que quien las recorre no puede defenderse contra la angustia. Pero apenas se atraviesan los desfiladeros del Argona, todo florece. Las aldeas, recostadas en las laderas, son como juguetes de Navidad, y los huertos más humildes parecen jardines. En cuanto a las grandes poblaciones, aun en los momentos actuales de guerra y de miseria, diríase que piensan en cualquier cosa menos en la muerte.

Henos aquí, en Bar-le-Duc, del cual el mismo Barrés dice que «es el centro de la emoción» de la comarca. En vano, desde hace varias horas, la recorro buscando algo

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

que sea triste. Allá arriba, en la vieja iglesia de San Pedro, he visto el famoso esqueleto de Ligier-Richier, y he oído de labios de un sacerdote la leyenda popular. Al morir Renato de Châlons, príncipe de Orange, su esposa quiso perpetuar su memoria de una manera cristiana, y en vez de hacerlo representar bello como había sido en vida, encargó al gran escultor lorenés que modelase su imagen tal cual los gusanos debían dejarlo en breve. Lo que un Valdés Leal hubiera hecho con tal asunto, fácil es adivinarlo recordando los cuadros de Sevilla. Pero Ligier-Richier no era español, ni era tampoco místico. Con un sentimiento realista e idealista a la vez, esculpió en un mármol gris el cuerpo roído, sin suprimirle sus bellas líneas atléticas y su noble fiereza juvenil. Entre la carne que se pudre, los músculos se dibujan llenos de energía; y así, lejos de producir las sensaciones macabras que se desprenden de otras estatuas mortuorias menos dramáticas, hace soñar en el mito eterno de la vida que nace de la muerte. «Tú, que quieres obligarme a repetir la frase terrible de *pulvis eris*—tengo deseos de decir al célebre esqueleto—, apenas logras infundirnos, con tu miserable quietud, ideas pasajeras de melancolía, porque a través de tu piel carcomida se ve aún el alma inmortal de las razas fuertes que se prepara a animar nuevas existencias ávidas de lucha.» Y estas palabras que brotan de mis labios, continúan, cuando salgo de la iglesia, cantando dentro de mi cerebro cual un estribillo a lo largo de mis peregrinaciones barisianas. Ante las torres derruidas que resistieron durante siglos al empuje de las fuerzas de diez pueblos, ante los muros desmantelados por los cañones de antaño, ante las nobles viviendas hoy desiertas, ante todo lo que en la antigua capital del Barrois sirve a los poetas para evocar grandezas desvanecidas, en suma, la misma idea de perenne resurrección me obsesiona. Ya no hay aquí, sin duda, como lo hubo en otros siglos

un soberano, una Cancillería, un Parlamento. Ya los reyes no vienen, precedidos de heraldos, para saludar en su alcázar al señor de estos lugares. Ya no pasan cortejos solemnes al son de los atambores y de los címbalos por el camino de Baquis que conduce al campo de las justas y de los torneos. Ya no se ven, en las terrazas, aquellas asambleas de ricas damas vestidas de brocado de oro, que oían gestas caballerescas recitadas por los pajes. Del pasado glorioso y ruidoso no queda sino un reloj en una torre medieval, un puente de piedra entre dos alamedas, una iglesia olorosa a incienso y algunos escudos de armas en los portales de las casas solariegas. ¡Ahl, y queda también en las naves de San Pedro, para avivar las nostalgias, un cuadro del siglo XVI, en el cual se ve, algo desteñido ya, el perfil local de antaño, con sus murallas altivas dominadas por cinco enormes torreones, con su hosco castillo que ningún guerrero pudo escalar, con las altas fachadas de sus palacios, de sus templos, de sus conventos.

Mas si por eso te crees un cementerio, ¡oh Bar-le-Duc!, vuelve un instante la vista hacia ciudades que fueron regias, como tú, y que, habiendo dejado de serlo, no han tenido, como tú, la fuerza necesaria para seguir viviendo activamente. Compárate con Toledo o con Ávila, compárate con Segovia, y en el acto sentirás la diferencia que existe entre el ser y el no ser. Tú, sin tus duques, continúas palpitando lo mismo que en tus buenos días de fausto, y hasta puedes decir con orgullo que en tu seno modesto y burgués algo del porvenir del mundo se elabora.

Mientras a veinte kilómetros los cañones de Saint-Mihiel truenan sin descanso, aquí el Estado Mayor de las fuerzas francesas trabaja día y noche enviando regimientos tras regimientos al campo de batalla. Por todas partes se ven grupos de soldados y de oficiales. Todos los edificios públicos están convertidos en cuarteles.

En todas las grandes calles hay desfiles de carros de Artillería.

No es esto lo que constituye para mí, sin embargo, la verdadera animación de la ciudad. Trabajar, Francia entera trabaja siempre, desde los Pirineos hasta los Vosgos. Pero hay algo en la tierra de Lorena que es superior al trabajo y que encontramos aun en las poblaciones menos ricas y menos activas.

Esta mañana, antes de venir a Bar-le-Duc, nos detuvimos un instante en Domremy. Nuestra escala no tenía sino un objeto piadoso. Lo que deseábamos visitar era la choza en la cual nació Juana de Arco, y no la aldea misma, que, según los guías, «tiene poco interés». Una vez que hubimos hecho nuestras devociones ante la ventana estrecha por la cual penetraban para llegar hasta el fondo del corazón de la Doncella las voces de la selva mística; una vez que nos hubimos inclinado llenos de religioso respeto ante la dulce imagen de la campesina iluminada; una vez que hubimos respirado los aromas rústicos del bosque Chenu que embriagaron aquella alma ingenua y vibrante, mis compañeros quisieron continuar la ruta, sin dar siquiera un paseo por las calles. Yo les obligué a no tener tanta prisa y a recorrer la aldea para oír hablar a los lugareños. La impresión que sacaron de las dos horas que allá pasamos, no la conozco. Pero de mí sé decir que tuve en la cuna de la heroína la misma sorpresa que en el sepulcro del guerrero de Bar. Lo que pudiera no ser sino un santuario del pasado, es, en realidad, un vivero del porvenir. ¡Con qué fe, con qué entusiasmo, con qué confianza los loreneses que custodian la choza mística viven su terrible existencia de hoy y de mañana! Juana no es para ellos una santa inmóvil en su zócalo de piedra. Juana es un ejemplo vivo, una perpetua consejera, una consoladora fuente. Las voces que ella oía hace cuatro siglos, sus paisanos las oyen ahora. «Hay gran miseria en el